

Capellanía



Capellán Paul Rech

Capellanía

el valor de ayudar cuando nadie más quiere ayudar

Base bíblica: la historia del Buen Samaritano (Lc 10:25–37)

Hay preguntas que parecen simples, pero que desordenan la vida por dentro. En Lucas 10:25–37, un intérprete de la Ley se levanta para poner a prueba a Jesús con una cuestión clásica: “Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?” Jesús responde como suele hacerlo: devolviendo la pregunta al corazón del propio hombre. “¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?” El hombre cita lo esencial: amar a Dios con todo el ser y al prójimo como a sí mismo. Jesús confirma y concluye: “Haz esto y vivirás”.

Hasta aquí, todo está en el terreno seguro del discurso religioso: los mandamientos son conocidos, la teoría es correcta y la conciencia permanece relativamente cómoda. Pero el texto dice que el hombre, “queriendo justificarse”, pregunta: “¿Y quién es mi prójimo?” Es precisamente en este intento de reducir la responsabilidad de limitar el alcance del amor donde Jesús cuenta la historia del Buen Samaritano. Y es aquí donde la capellanía encuentra uno de sus espejos más claros.

La capellanía, en el sentido más humano y bíblico, es la práctica organizada del cuidado. Es un ministerio de presencia y ayuda. Es el acto de acercarse a personas heridas, confusas, en duelo, vulnerables, en crisis, no para “ganar una discusión”, sino para sostener a alguien en el momento en que su vida está en el suelo. La parábola de Jesús no es solo una lección moral; es un retrato de lo que significa ayudar de verdad.

El camino donde ocurren las crisis

Jesús comienza de forma directa: “Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó”. El camino Jerusalén–Jericó era conocido por su terreno peligroso y por los asaltos. En la narración, el hombre cae en manos de ladrones: es golpeado, despojado y dejado “medio muerto”. La escena es fuerte porque describe lo que las crisis hacen con las personas: “roban” recursos (salud, seguridad, paz), “hiere” la identidad y dejan a la víctima en estado de shock, sin fuerza y sin claridad.

En la vida real, el camino es otro, pero el escenario se repite: el hospital, la comisaría, el velorio, la sala de espera, el pasillo de una empresa tras un accidente,

la madrugada de un hogar en luto, el silencio después de una noticia difícil. Muchas personas no necesitan primero un sermón. Necesitan a alguien que interrumpa su propio camino, reconozca el dolor y actúe con compasión práctica.

La capellanía comienza aquí: en el entendimiento de que el sufrimiento humano no es abstracto. Tiene moretones, lágrimas, temblor en la voz, falta de aire. Por eso, el cuidado también debe ser concreto.

Dos hombres “correctos” y una pregunta incómoda

El texto dice que, por casualidad, un sacerdote bajaba por el mismo camino. Vio al hombre y pasó de largo. Luego, un levita, alguien vinculado al servicio religioso, llega, observa y también pasa de largo. El impacto de la parábola no es que “personas malas” ignoraron a la víctima; es que personas respetables lo hicieron. Es posible tener posición, reputación y conocimiento, y aun así no ayudar.

Jesús no explica sus motivos. Y quizá no los explica porque las justificaciones suelen ser parecidas:

- “Voy tarde.”
- “Esto puede comprometerme.”
- “Aparecerá alguien más capacitado.”
- “No quiero involucrarme.”
- “Es peligroso.”
- “No sé qué hacer.”
- “Esto no me corresponde.”

Son excusas comprensibles desde el punto de vista humano y, sin embargo, insuficientes desde la perspectiva del Reino de Dios. La capellanía existe precisamente porque la realidad muestra: no siempre quien debería detenerse, se detiene. Y cuando nadie se detiene, el dolor se vuelve más profundo.

La capellanía, por lo tanto, no es solo “un departamento” o “un título”. Es una decisión: la decisión de no normalizar la indiferencia.

El Samaritano: el improbable que se convierte en prójimo

Jesús introduce al personaje que desmonta el prejuicio de la época: un samaritano. Para muchos judíos, los samaritanos eran vistos con desconfianza y desprecio. En

otras palabras, Jesús elige a propósito a alguien que no estaría en el “círculo aprobado” de lo religioso tradicional. Y ese hombre se convierte en el ejemplo.

El texto dice que vio y “tuvo compasión”. Y aquí hay una diferencia decisiva: la compasión bíblica no es lástima pasiva. Empuja a la acción. El samaritano hace lo que hacen los capellanes cuando están en lo mejor de su vocación: se acerca.

Acercarse, en contextos de sufrimiento, es una forma de valentía. Porque acercarse implica costo: costo emocional, costo de tiempo, costo de energía, costo de seguridad y, muchas veces, costo financiero. Pero la capellanía es precisamente este compromiso: estar presente cuando la vida del otro se está rompiendo.

La ayuda que es “presencia + acción”

Jesús describe los pasos del samaritano con detalles, como si quisiera impedir que la historia se convierta en poesía sin práctica:

- 1. Se acerca y evalúa la situación**

Antes que nada, se aproxima. La ayuda real empieza con presencia real. Hay dolores que no se resuelven a distancia.

- 2. Trata las heridas**

El texto menciona aceite y vino, recursos de cuidado y limpieza usados en ese contexto. En lenguaje de hoy, es la intervención posible: primeros auxilios, orientación, apoyo inmediato, palabras que estabilizan a la persona, reducción del pánico, protección contra nuevos daños. La capellanía no sustituye a los profesionales de la salud, pero camina al lado, ayudando a respirar, ordenar pensamientos, encontrar apoyo y recuperar el suelo.

- 3. Protege y traslada**

Lo coloca sobre su cabalgadura y lo lleva a una posada. Esto es más que “decir una palabra”: es conducir a alguien a un lugar de cuidado. Una de las tareas más valiosas de un capellán es facilitar caminos: derivar, conectar, acompañar, asegurar que la persona no quede sola.

- 4. Permanece**

No hace un “acto bonito” y desaparece. Pasa la noche cuidándolo. En crisis, muchas personas sufren más después de que los demás se van. La capellanía es permanencia posible: “Estoy aquí. No estás solo.”

- 5. Invierte recursos**

Paga al posadero y promete cubrir los gastos extra. La historia no romantiza

la ayuda: muestra que cuidar cuesta. Tiempo, atención y, a veces, dinero. La capellanía, como ministerio, también exige inversión: preparación, organización, protocolos, redes de apoyo y formación continua.

El resultado es poderoso: el hombre caído no solo es “socorrido”; es restaurado hasta el punto de tener una oportunidad real de seguir viviendo.

“¿Quién fue el prójimo?”: capellanía como identidad, no como evento

Al final, Jesús pregunta: “¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” El intérprete de la Ley responde: “El que tuvo misericordia de él.” Jesús concluye con una frase sencilla y exigente: “Ve y haz tú lo mismo.”

Obsérvese: Jesús no pregunta “quién es mi prójimo”, como si el objetivo fuera *clasificar personas*; pregunta “quién fue el prójimo”, como si el objetivo fuera *convertirse* en alguien que cuida. En otras palabras, el “prójimo” no es solo alguien a identificar, sino una identidad que asumir.

Eso es la capellanía: hacerse prójimo. No solo cuando conviene, sino cuando es necesario.

El acto de ayudar: más que un gesto, un ministerio

En muchos contextos, ayudar se volvió sinónimo de “hacer caridad” ocasional: una donación aquí, una visita allá, una palabra rápida cuando sobra tiempo. Todo eso puede ser bueno, pero la parábola presenta algo más profundo: un tipo de ayuda que no huye del problema, no terceriza el dolor y no reduce a la persona herida a una molestia.

La capellanía se estructura para que el cuidado no dependa solo de la improvisación. Forma a personas para escuchar sin juzgar, acoger sin invadir, orientar sin dominar, proteger sin exponer. Aprende a acompañar crisis, duelo, traumas, ansiedad, conflictos familiares, pérdidas súbitas, culpa, miedo y desesperanza. Y lo hace con un compromiso ético: confidencialidad, respeto, dignidad y derivación responsable cuando sea necesario.

En términos prácticos, la capellanía es el encuentro entre compasión y competencia. **Donde la capellanía más se parece al Buen Samaritano.**

La parábola es antigua, pero el escenario es actual. El “hombre caído” puede ser:

- **El enfermo** que recibió un diagnóstico y no sabe cómo contárselo a su familia.
- **La viuda** que vuelve a casa y encuentra silencio donde antes había rutina.
- **El profesional agotado** que está al borde del colapso emocional y no quiere admitirlo.
- **El joven ansioso** que sonríe por fuera, pero está roto por dentro.
- **El militar, socorrista o voluntario** que vio escenas duras y está “funcionando”, pero no está bien.
- **La persona privada de libertad** que perdió el rumbo y necesita que alguien la trate como ser humano.
- **El líder** que carga demasiadas responsabilidades y no tiene con quién hablar.

En todos estos casos, la capellanía es “cruzar la calle”. Es negarse a ser espectador. Es ofrecer presencia, cuidado y dirección.

La espiritualidad del cuidado

El Buen Samaritano no hace un discurso. Hace el bien. Esto no disminuye la fe; al contrario, la revela. Hay momentos en que la mayor expresión del amor a Dios es cuidar al ser humano a quien Dios ama.

Ayudar, bíblicamente, no es una “opción para los más sensibles”. Es parte del discipulado. Y la capellanía es una forma madura de ese discipulado: organizada, preparada y disponible.

Una invitación final: cruzar la calle

La parábola termina sin decir el nombre del hombre herido. Tal vez porque representa a cualquiera. Un día, nosotros somos el samaritano. En otro, somos el caído. Y, a menudo, la sociedad se vuelve más humana cuando existen personas dispuestas a interrumpir la prisa para practicar misericordia.

La capellanía es esto: el valor de ayudar cuando nadie más se detiene.

Capellán Paul Rech